

REVISTA CHILENA.

SUEÑOS QUE PARECEN

VERDADES I VERDADES QUE PARECEN SUEÑOS.

LOS LOROS.

Una mañana desapacible de julio de aquellas que hacen tocar castañetas a los dientes i tienen el cuerpo a medio sancochar, entre oso i carne asada, al amor de la estufa, entró en mi retrete apresurado mi manípulo diciendo: ¡Carta! ¿Carta? dije yo, dando un bostezo: pues debe principiar con estimado amigo i concluir con afectísimo servidor.—¿Pues como sin abrirla, repuso él, podeis saber como principia i como acaba?

—¿Pues no dices que es carta esa, Perico?

—Sí, señor.

—Pues ¿cómo quieres, majadero, que lo sea, si no principia con amigo i acaba con servidor?

Venga la carta i déjeme solo el buen Perico i cierre la puerta que ya me hielo.

Hízolo así, i lo primero que me dió en los ojos, al romper el sello, fué el inexorable ¡estimado amigo! Al verme tratar de amigo por quien nunca lo fué sino de mi bolsillo; i al ver la modestia, con la que el fulano, por postre, se calificaba de seguro servidor, cuando ni para servidor podia servir, pues ni a palos me sentaría yo en él; se me subió tan a los penoles la mostaza, que hube de exclamar: ¿Que tenga yo de ser tan desgraciado andante que no logre la dicha de ver barridas de la conversacion i de la república de las

letras, la multitud de frases comodines, que a despecho de la razon i del buen sentido, abren i cierran la marcha de muchas producciones literarias; cuando no son mas que unas verdaderas protestas contra lo que les sigue, i lo que les precede? ¿No gritan todas ellas mentira va, como agua va? I si esto gritan, ¿qué demonios hacemos de nuestras orejas?

Esas frases, hijas de claros ingenios, lozanas i espresivas en su orijen, han llegado a fuerza de plajios i de malas copias, a desfigurarse tanto en las manos de aquellos que las usan, sin hallarse en el caso de los que las produjeron, que no solo, no dicen ya lo que ántes decian, sino que niegan lo mismo que quieren decir ahora.

No hai duda que muchos hombres de pluma se asemejan como gotas de agua, en cuanto a remedar, a los animales con plumas que llamamos loros. Unos i otros remedan. La única diferencia que encuentro entre ellos, es que el ser con plumas lo hace a ruego, al paso que el ser de pluma lo hace a hurto i se introduce en grajo.

En efecto: ¿qué carta hai que no concluya con un *seguro servidor*; cuando en lo que ménos se piensa es en servir? con un *afectísimo amigo*; como si los que así escriben fuesen todos unos Orestes? Con un *hágame usted la justicia de creer en la sinceridad etc. etc.*, cuando se os quiere dar algun trampazo: con un rico *quedo a sus órdenes*; despues de darlas con imperio; o con un mojado, *disponga Ud. de la nulidad*; que quiere decir: disponga Ud. de lo que no hai? Con un *si mis circunstancias así no lo exigieren, nunca me hubiese acordado de semejante bagatela*; como si la tal bagatela hubiese dejado un solo instante de ser su pesadilla? I por postre *creame Ud. su sincero amigo*; cuando el tierno Niso ya tiene aparejado el real diario, para que el diablo no se ria de la mentira? I qué diremos de aquel otro desafortado final en el cual se nos dice: que *como caballeros i hombres de honor* debemos aparejarnos a recibir una estocada, porque no somos ni caballeros ni hombres de honor?

¿Qué significa este baboseado formulario con que se embarra tanto papel? ¿No sería mejor decir, al fin de fiesta, puesto que se quiere a todo trance decir algo: I crea Ud. señor mio que esta casa i la de el frente pertenecen a sus dueños? Al ménos así no se faltaría a la verdad, i la carta no quedaría por esto ménos completa de lo que ahora queda.

Paso por alto el sarcasmático *mi dueño* del que solo pretenden

ser tirano: el impio *te adoro* i los nauseabundos *queridísimos, amadísimos, tiernísimos* i multitud de otras flores, relieves i arabescos que como artículos de primer consumo, llevan en su morral tantos loritos epistolares. Daca la pata dice el loro cuando tiene sed; dacá la pata cuando tiene hambre; dacá la pata cuando llama, dacá cuando le fastidian i dacá tambien cuando se apresta a daros un picotazo. Así, pues, un negociante os engañará, un acreedor os echará a la cárcel, un deudor os dejará llevar a ella pudiéndolo evitar pagándoos, i todos con las *protestas de la mas sincera amistad con que se repiten de vos etc.*

Cojióme en estas reflexiones el sueño i sin saber como ni como, me transportó la imaginacion a unas cuantas cuadras del ojo seco del puente de cal i canto; i notando que al pié de una ventana acudia mucha jente llamada por la charla de un gravadoso loro, agregué con mi persona un tonto mas al número de los mirones introduciéndome entre ellos.

Aquel animal, en efecto, parecia hombre de provecho. Su aspecto sério, meditabundo, abstracto; su pescuezo envarado como si fuera víctima de la corbata, revelaban en él al papagayo Universitario; papagayo, tanto mas aplaudido, cuanto ménos comprendidas eran las frases esteriotipadas que regalaba a su auditorio.

Dijele yo: lorito tú que te lo sabes todo dime de donde eres? El noble animalote al sentirse interpelar se espeluzó, se hiergue, i creyendo que ya le traen la sopa en vino esclama: *como no tenemos pretensiones de aspirar a la gloria literaria, no nos lisonjamos de acertar a desempeñar bien, tarea tan vasta i tan superior a nuestro alcance.*

—Ola!

—*Se me ha encargado hable de este importante asunto, pero para desempeñarlo se necesita cierto grado de experiencia i de conocimientos, cierto tino i reflexion, cierto grado de talento en fin, que hablando con franqueza estoi mui distante de poseer.*

—*Ya se deja ver... pero yo...*

—*Antes de someter señores a vuestra consideracion una obra que está mui léjos de corresponder a mis deseos i ser digna de vuestra aprobacion..*

—Bien está todo eso señor D. loro pero mi pregunta...

—*No me siento capaz de desempeñar la tarea que se me impone, sin embargo la acepto para manifestar mi sumision i emprendo el tra-*

bajo con suma desconfianza i sin el menor asomo de pretensiones literarias.

—Loro, por Dios, si yo...

—*Muchos elementos faltan sin duda para hacer este trabajo tan útil como deseamos, una instruccion mas vasta i conocimientos mas exactos, un lenguaje mas elegante ameno i propio para producir impresiones fuertes en el ánimo: supla nuestra voluntad la escasez de nuestros conocimientos.*

—Dalo por suplido, yo solo...

—*Mejor pluma debería emplearse en este trabajo, el sentimiento de nuestra insuficiencia...*

—Dale bola!

—*Félices nosotros si conseguimos en premio de nuestras tareas que la verdad esparsa sus rayos..*

—Acabaras demonio!

—*Si acceptais con induljencia*

—Calla!

—*Nuestra obra*

—Calla! o te...

—*Me dareis en ello una recompensa superior a nuestras...*

—A nuestros desatinos loro infernal! Dije: i cojiendo por un pasadizo en dos brincos me planté en la calle retumbándome aun en los oídos él, *no aspiro a la gloria literaria, la árdua empresa, la tamaña tarea, mi insuficiencia, el no me siento capaz pero emprenndo i el solo aspiro*, de aquella maldita máquina de repeticion universitaria.

Los primitivos miembros de la universidad, iba diciendo yo, debieran ser todos hombres de suma ciencia, puesto que ninguno de sus sucesores, al tomar posesion de la vacante, deja de confesar que es indigno de semejante honor; i que solo debe su exaltacion a Fabio a la benevolencia de las altas capacidades que le admiten por colega. A este paso, mui pronto la corporacion universitaria vendria a ser, por su propia confesion, una reunion de ignorantes que solo deben su grado al favor; i como no solo en Chile cocemos habas; calculo que algo de esto debió tener presente el poeta Pirron, cuando sentó en su epitafio: que fué tal su nulidad en vida, que ni siquiera alcanzó a ser académico.

Hubiera continuado ensartando suposiciones, a no habérmelo estorbado la grita i algazara de un tropel de muchachos que al salir de la escuela celebraban dando palmadas, i lanzando vivas, el

estro para ellos poético, de una maldita cotorra que segun fama nunca tuvo atada la tarabilla aconsonantada del disparateo. Este animalito tan comun en todas partes i mui especialmente entre nosotros; suele, como todos saben cotorrear hasta el cansancio, unos que parecen versos, vaciados en otros que parecen moldes. Versos que solo tienen de agudos los acentos, mas turbios que el buen Maipo cuando crece i mas huecos i ampulosos que las burbujas de javon.

Afortunadamente ya no se usa en la epopeya aquel inexorable comienzo épico: Canto a fulano o la colera de perengano; oh! musas apuntaladme propicias si me ladeo! Introduccion que inventó Homero, que imitó Virjilio, i que siguieron despues repitiendo como si no hubiese cosa mejor que decir: Statius, Silius, Italicus, Lucano, Trisino, Camoens, Tasso, Ercilla, Voltaire, i tantos otros a quienes pareció mas fácil copiar que ser en este punto orijinales. Afortunadamente se acabaron tambien... recojo la espresion afortunadamente, i pongo en su lugar desgraciadamente; porque en la crisis actual en que navegamos, mucha falta nos hacen aquellas gargantas de plata bruñida, aquellas trenzas de oro, aquellos labios de corales i aquellos dientes de perlas orientales, que por lo ménos nos hubieran podido servir para empeñarlos con el propósito de adquirir, con su producido, orijinales mas modestos pero de carne i hueso.

No estando pues ya en alcance semejantes minas, la caturra esplotaba, sin tomar resuello, las del dia, repitiendo, sin pestañar, un tomo en folio de esdrújulos a cual mas fatídico i satánico, i una biblioteca entera de lágrimas de mujer, de corazon de mujer, de un ataúd, de una tumba, del momento aquel que fué, del instante aquel que no es, de vendabales que no soplan en Chile; de flores agostadas que solo se agostan en agosto i en España; de huries aéreas o ventosas, i de arroyos que murmuran como si fuesen opositores.

Cualquiera creería que con lo del loro i lo de la cotorra sobrado motivo tuve para despertar, pero no fué así; el sueño me tenia mui debajo, i con pretesto de desaturdirme, me llevó por la mano hasta la puerta del obrador de un marmolista lapidario, accidentalmente colocado junto al panteon. Alargué la visual, i viendo que en aquella sala no habia cosa que oliese a loro, entréme de rondon en ella.

Aquellos monumentos funerarios colocados en orden de batalla

i con el *aquí yace* en ristre me trajeron a la memoria lo que tan pocas veces ocupaba la del hombre jóven: la imajen de nuestro precioso fin, la de la muerté. Absorto en mis tétricas meditaciones i contemplando, con lástima, en aquellos monumentos, la supervivencia de la presuncion humana; me pareció oir una voz, que con bastante claridad decia: Pallida Mors!..... Volvíme sobresaltado, i la voz dejó de oirse. Miré con mas cuidado i no viendo nada, calculé que alguno estaría orando en el próximo cementerio. Un momento despues me covencí de que la voz provenia de alguno de los muchos curiosos, que visitando aquella mansion del descanso, se entretenia en leer inscripciones; puesto que alcanzaba a oir, bien que con algunas interrupciones, las siguientes frases:

Esta losa oculta las cenizas de... falleció en 1760.

¿Cenizas en 1760? dije yo: pues entónces no falleció, sino que lo fallecieron; porque o yo estoi mui equivocado, o ese finado debió ser un herejote a quien la inquisicion hizo rescoldo.

—*Aquí yacen las cenizas de... falleció en 1837.*

¿Qué es esto repetí, otro quemado? i quemado en 1837? Pues señor, vuélvole el crédito al primer difunto. ¡Lo que pueden los incendios!

Aquí yacen, prosiguió la voz, los restos mortales del mejor de los padres... Aquí las pálidas reliquias de la mejor i mas tierna de las madres!

¡Jesus, mil veces! exclamé; i es posible que lo mejor de todo sea lo que se muera? ¿Qué nos queda entónces en pié?

La voz en tanto monótona i pausada proseguia su fúnebre tarea. Todo lo bueno se encontraba allí enterrado: ningun perverso habia pasado de ésta a mejor ó peor vida, i ya daba yo por axioma aquello de que: cosa mala nunca muere, cuando llegaron a mis oidos los nombres de algunos difuntos de cuenta, que yo alcancé a conocer en vida i desapareció como por encanto la vision.

Oí que un tio célebre, viejo, achacoso, impertinente, rico i sica-tero, habia sido prematuramente arrebatado a la ternura de sus sobrinos, pobres, calaveras i únicos herederos suyos. Que una obesa i acaudalada Matusalen, mas celosa que Vulcano, i mas exigente que una recién casada, que tuvo la feliz idea de morirse dejando a su petrimetre i jóven esposo, dueño de cuanto poseia, se habia llevado a la tumba la dicha i el contento de su inconsolable consorte. Con la feliz añadidura, de aquello de que la tierra le sea

leve, cuando no pareciendo al inconsolable, bastante garantía de estabilidad, doscientos morrudos pisonazos; la tenia sopladada tres toneladas de mármol a cuestras!

En vano escarmenté mi memoria buscando en ella algun recuerdo que motivase la trasformación de malo en bueno, que notaba en los epitafios que aludian a personas conocidas. Nunca he alcanzado a comprender como por el solo hecho de morir, se pueda convertir el usurero en equitativo, el avaro en jeneroso, en juez intejérrimo el vendido, en ministros incorruptibles de fe, los que de puro corrompidos, como dijo el otro, no huelen tanto de muertos como olieron cuando vivos; en Lucrecias las Mesalinas, i en blanco lo que es negro. Descontento con lo que oia i con mis propias reflexiones, cojí sin mas el camino de la puerta; mas quiso el diablo que, por apresurado, diese con un callo en el zócalo de una columna, i con las narices en la jaula del loro del picapedrero que mui tranquilo en su rincon repitiendo cuanto le habia oido a su amo, me tuvo media hora ensartando injustos vituperios contra la inocente i verídica literatura sepultrera.

Sin saber donde dar con la cabeza, i perseguido por un dogo del lapidario que, al estruendo de mi costalada, se lanzó sobre mis pantorrillas, busco iglesia i me soplo de rondon en la próxima cigarrería: creyendo que en aquel solitario i triste albergue, no de la ignorancia i del lejítimo tabaco, sino de la pérvida gualtata, que merced a los favores del estanco, convertimos en humo apetitoso; encontrarian salvacion mis canillas i paz mi par de orejas. Pero que paz ni que berenjena, cargue Satanás con la que debia yo gozar en aquel dia.

Habia en la pared de aquella hollinada oficina una tablita de patagua, en el centro de ésta una estaca, i sobre la estaca un loro que, si hemos de dar crédito al cigarrero, fué en otro tiempo el recreo i pasatiempo de un ministro de Estado, quien lo regaló a un cónsul jeneral, quien al retirarse, considerándolo mobiliario, lo incluyó en la venta i almoneda de su tintero, de sus pantuflas, i de las demas baratijas que suelen vender los diplomáticos al levantar anclas, i que no pocos destituidos de propios merecimientos, suelen comprar para honrar la persona con aquello que usó monsiur el baron, o monsiur el conde de la Berenjeniere.

Los aires de la alta sociedad nunca se olvidan; así es que el verde animalito en cuanto olió a visita exclamó con tono majestuoso: *la alta sabiduría de Su Excelencia resolverá como siempre lo mas*

justo. Hombre! dije yo, i es justo que me vendan gualtata por tabaco?... Persuadido el señor Presidente de las miras de estricta justicia que animan al gabinete de Tullerías espera tranquilo su fallo... Ola, interrumpí, dígame Ud. señor fuñingue, este loro existió en tiempo del cónsul La Forest? Quia! me respondió i mucho, i de no óigalo Ud.—El gobierno de Su Majestad animado del mas vivo deseo de estrechar mas i mas los vínculos de amistad que felizmente existen entre ambos países...

Válgame el diablo por loro, dije dando un bastonazo; con que tú tambien ¡escomulgado! hablas de estrechos vínculos; cuando los vínculos que acostumbran estrechar los poderosos, mas tienen de sogas de cáñamo que de longanizas? Que vinculado te vea yo el pescuezo a tí o a cuantos ministros de gobiernos débiles, confien en las miras de estricta justicia que animan a los fuertes cuando tienen que fallar en causa propia! I diciendo i haciendo, emprendí por la calle de la Bandera dando gracias a Dios de hallarme en ella, pues de su apariencia aristocrática, solo deberia esperarse casos de hidalga sociedad. Mas, ¿a donde irá el buei que no are?

Quiso mi esquivia suerte que, por aquella calle, i llenando ambas veredas, acudiese en ese momento un tropel de jente que con grande algazara leia unos cartelones, que a guisa de jinetes cabalgaban sobre los caballitos enanos Trait; i que yo mas impresionado de lo necesario con las visiones papagayescas que me perseguian, solo pudiese ver losos donde ni siquiera asomos de ellos se encontraban.

Lo primero que se me ocurrió fué turbarme; lo segundo endilgar, tapándome los oidos, por el pasadizo trasero de la que ántes fuera casa del pájaro del consulado i ayer no mas, del Congreso Nacional; i lo tercero cuasi reventar, de puro precipitado, con el pié, a una pobre caturrita que vagaba silenciosa por el húmedo corredor que servia de reparo a aquel inmundo corralejo. Al grito que ésta dió, vuelvo en mí, me inclino apesadumbrado, la alzo compasivo, i con el tono mas patético que pude encontrar a mano, esclamo: Oh! pura imájen de la humana condicion: si tú en vez de aguardarlo todo de tus merecimientos, hubieses trocado tu silencio por el bárbaro charlatanear de los de tu especie; de seguro que estarias en alto acomodada. Sábetes que frai Modesto nunca fué entre nosotros provincial, puesto que cuando mas alcanzó, fué lo que tú casi alcanzaste, por andar solo con la modestía a cuestras i no con la infalible farfulla omnipotente!

— El pobre animalito, que pertenecería sin duda a uno de los porteros de la cámara, al verse acariciar, se recobró se empinó i mirándome satisfecho: pido la palabra, dijo.—Cómo es esto repuse yo, tú quoque?

— *Antes de pasar a la órden del dia...*

—A la órden pedazo de mastuerzo, a la órden del dia, i por qué no ha de ser a la de Calatraba o a la de Cárlos tercero?

—*No tema la honorable cámara que moleste su atencion por largo tiempo...* Virjen Santísima, iba yo a esclamar, cuando acudió en mi ausilio una voz sin muelas que salió del interior de uno de los cuartuchos del corral diciendo: señor, suelte la catita, mire su merced que cuando comienza así, es para no concluir ni en tres dias, i ademas pica!—Vade retro, dije entónces, i dando con el diputado de espaldas sobre un secador, me lancé en un coche que por acaso pasaba por la calle en ese instante.

Bien aventurado una i mil veces el desgraciado andante, que, en apuradas circunstancias, logra eclipsar su humanidad aun que sea en un coche de alquiler!

El buen Linneo dijo que la naturaleza no daba saltos. Los demas naturalistas, apurando el ergo, concluyen que observando con atencion las calaveras de cuantos seres animados existen desde el mas perfecto, segun nuestro modesto modo de juzgar, que es el hombre, hasta aquel que solo creemos que vive por inferencia; no solo es difícil sino de todo punto imposible decir acertivamente: hasta aquí tal clase; de aquí para adelante tal obra. ¿Qué mucho pues que pasando del cráneo del hombre mas bien organizado, a otro que lo sea ménos, i así sucesivamente, se encuentre uno, sin saber como ni como nó, con la calavera de un burro entre las manos? Todo esto se me ocurrió de un golpe en medio del apuro en que me puso un atroz encontron que dió al subir al coche un galoneado militar, que solo parecia tener ojos para emplearlos en una muchacha que marchaba por la acera de enfrente. I no se crea que esto lo voi diciendo a humo de paja i que de puro picado me salgo de la cuestion, nada de eso. Obsérvense sino las calaveras de Alejandro, de Aníbal, de Federico II, de Napoleon I; colóquense con ellas i en órden de batalla la del buen Plomplom, i la de tantos hijos de Marte, que han figurado en este i en el otro mundo; i se verá que no es cosa mui difícil ni mucho ménos imposible, que nos encontremos, sin dar saltos, con la cabeza de un loro entre las manos.

Ahora bien, con un poco de buena voluntad ¿no pudiéramos imaginarnos que esa cabeza perteneció a un loro de cuartel? I en este caso ¿por qué le habríamos de negar a éste animalito la misma retentiva i el mismo flujo de repetir cuanto oyen que tienen los demas pajarracos de su especie siendo como es tan lacónica la retórica de Belona?

Ya me parece pues que le estoi oyendo echar por aquel pico, el inmortal: *«yo me invisto»* de los antiguos hijos del sol; i repetir hasta el cansancio aquellos cuatro epígrafes tan decidores que sirven de obligado molde, a las férreas proclamas de los modernos adalides: Soldados! Pueblos! Jefes i oficiales! Camaradas! Con estribillo *de que en los momentos de mayor peligro, siempre os acompañará vuestro camarada i amigo..!*

Ya lo veo, cuando vencedor, aunque haya venido a saber que lo es, a cuarenta leguas de distancia del campo de batalla; espetar a sus huestes en las cuatro cláusulas de estilo; el *soldados os habeis cubierto de inmarcesibles laureles*; i cuando vencido como suele acontecer, trocar esas mismas cláusulas en estos cuatro movimientos estratégicos de alta significacion: Volar, embarcarse, llegar a un país neutral, i murmurar despues del Gobierno que le dió asilo.

Mas ¿donde me voi metiendo, i hasta donde he llegado sin saltos, como dice Linneo? Corto pues aquí la tarea que aun que indigno i pecador, nadie me ha impuesto; dirijiendo con tono de dolorida fija la puntería de mi vista al techo de mi escritorio: Felices nosotros si por premio de nuestras fatigas, alcanzamos a hacer creer que no abrigamos pretensiones murmurativas, i que solo nos animan deseos de ser de los sapientísimos lectores cuanto no se dice en el fin de todas las cartas.

VICENTE PEREZ ROSALES.
